

(Carmen Naranjo. Discurso para la inauguración del VIII *Congreso de Filología, Lingüística y Literatura "Carmen Naranjo"*, ITCR, 24 al 26 de noviembre de 1999)

Antes que todo y para que no se me olvide, pues a cierta edad por no decir avanzada se tiende a no recordar los puntos fundamentales que motivan la presencia o la venida hacia determinados lugares, deseo expresar de la manera más enfática y vehemente mi agradecimiento al Instituto Tecnológico de Costa Rica su iniciativa de que este Congreso lleve mi nombre. Sé que ese honor se lo debo a Mario Romero, quien en uno de sus acostumbrados gestos generosos lo propuso. Eso me ha honrado mucho y estimulado aun más cuando se está iniciando el camino hacia el olvido, un tanto voluntario por la necesidad de encontrar ese ánimo tranquilo que exige el repaso de una vida que se dedicó a exigir demasiado de sí misma. Mi gratitud se extiende a la acogida que esa iniciativa tuvo en la Universidad de Costa Rica, mi universidad, en la que con orgullo me formé y es parte integral de los logros que me deparó mi preparación profesional. Debo también mencionar a la UNED, Universidad Estatal a Distancia, en la que siempre he tenido la fe que se deposita en los mejores sueños, y a la Universidad Nacional, UNA, con la que desde el Consejo Universitario colaboré a ser lo que es: una universidad que responde a las necesidades del pueblo costarricense.

Detrás de las entidades universitarias hay personas y gestos para mí inolvidables, dignos de mi más absoluto reconocimiento y de la mención de sus múltiples méritos como docentes y como agentes sociales de la proyección universitaria en el mejoramiento total de nuestra sociedad. No creo que la mención escueta de sus nombres

expresé con profundidad lo que ha sido y significado mi relación personal con ellos.

La primera por su vitalidad inagotable, por su inteligente espíritu de servicio, por su fuerza natural de organización sin olvidar el más mínimo detalle, por su atención sonriente al cúmulo de trabajo cotidiano y por su negativa indisciplinada de no aceptar los visibles signos de cansancio con esa consigna viva de siempre se puede hacer algo más, es Teresita Zamora. Aprendí muy rápido sus normas de puntualidad y disciplina, su vehemente gesto de informar para generar iniciativas y colaboraciones, su dulce abogacía para que reluzca lo mejor de cada quien, su riqueza generosa en que es maestra y ejemplo. Teresita se me fue haciendo la imprescindible madre autoritaria para esa eterna enseñanza de no dejar para mañana lo que se puede hacer ahora, la madre amorosa que se preocupa del abrigo y del alimento, la madre solidaria que cumple fielmente sin esperar el más mínimo reconocimiento, la madre especial y única que ayuda a salir adelante con el mayor respeto por el derecho de la más amplia libertad, sin apagar jamás el deseo de reírnos en conjunto frente al juego de los egoísmos y ostentación de vanidades. Aunque no hay correspondencia en edades y en generaciones para ser su hija y ella mi madre, pues en la realidad puedo resultar su abuela, como en el teatro esa confusión de papeles se produjo y resultó en la raíz de una estrecha, imperecedera y fraternal amistad, con el olvido de si nos conocimos ayer, hoy o mañana, antes o después de este acto porque estamos enlazadas en el siempre.

Y con Teresita surgieron igual que en una corte mágica del Rey

Arturo, las personas más increíblemente capaces. Me refiero a Maritza Prado, el soporte firme y sonriente, alegre en su inteligente laboriosidad, constante en su presencia asistencial y oportuna, meticulosa en sus costuras acrobáticas de los pasos torpes y angelical en sus vuelos por los laberintos burocráticos. Aludo también a Gabriel Vargas, serafín bienaventurado que engrasó bisagras, abrió ventanas y puertas, en este pasaje difícil que antecede a los congresos y homenajes. Hay muchos más que mencionar en el Tecnológico, como Jacinto Brenes, Jaime Hernández, Enrique Brenes, Mariano Prado, Sara Pereira, Tania Molina y Mario Castillo, pero no pretendo hacer una lista tan larga de mis gratitudes y reconocimientos, aunque sí que me remorderá la conciencia por haberlos omitido.

Al inicio de las actividades del precongreso, el Tecnológico del Amón organizó una velada inolvidable. La creatividad inagotable de Alejandra de Simeone se unió a las mejores voces interpretativas de Sara Astica y Gerardo Arce. En el piano se destacó Marvin Camacho, quien compuso una canción brillante y amorosa con uno de mis poemas. El gesto profundo y versátil de Jorge Hernán Castro llenó la sala con un ballet que trascendió en significados los símbolos oníricos de su capacidad de escenificar los mejores momentos. Alejandro Cruz Molina estuvo presente para apoyar sin límite y sin dubitaciones las actividades artísticas del Tecnológico. A ese rector le pido públicamente que me permita ser alumna del Instituto que preside, aunque no haya aprobado el examen de admisión.

En la Universidad de Costa Rica comprometieron mi plena gratitud Nelly García por su activa y cumplida labor, Raúl Peña por su ágil

compromiso para que los actos relucieran con la brillantez programada, la increíble Leda Cavallini con su talento siempre germinante que me ha prestado su voz y su gesto para llenar de poder y energía luminosa mis osadías creativas y Vicky Ramírez con su excelente y sostenida iniciativa de divulgar el mejor quehacer universitario. Debo mencionar también compañeros y amigos de la Sede en San Ramón, Vianney Durán, Eval Araya y Roxana Salazar.

De manera especial expreso mi reconocimiento a tres amigos que me han fortalecido con sus gestos generosos: la excelencia personificada en Miguel Guzmán, la constancia en la actividad creativa de Fernando Vinocour y el deslumbrante canto maravilloso y mágico de Zamira Barquero, quien ocupa un alto lugar en mi corazón. No olvido el apoyo prestado por Roberto Castillo.

En la Universidad Nacional no puedo olvidar a Seidi Araya, compañera fiel, noble y creativa en tantas jornadas culturales, a Flora Ovares y Margarita Rojas, sabias re creadoras de la literatura costarricense y ejemplares detectives en los hondos significados de los escritos literarios. Incluyo a la discípula egresada de la UNA, Sor Marianela Fernández Alfaro, quien tanto descubrió en mi ensayo "Cinco temas en busca de un pensador."

Seguramente en este ejercicio de antes que se me olvide en que se refugian los contadores de años y recuerdos, la lista de omisiones debe ser enorme. Como en las viejas comedias españolas pido disculpas y perdones.

Y a manera de continuación quiero señalar un hecho extraordinario, este Congreso que hoy se inaugura se dedica al amplio campo de la palabra o sea en su imagen más simple y total a la literatura. Aquí cabe el manejo amplio de la filología, de la lingüística, de la variedad de las semánticas y de las semiologías, la escala cambiante de las estructuras y secuencias de las críticas literarias, las conexiones entre ciencias y tecnologías alrededor de la ruleta variable de las interpretaciones sexuales y axiológicas. También ese ir y devenir con sus desenlaces de encuentros y desencuentros, el firme suelo de las construcciones y desconstrucciones, en resumen el calvario de tantas modas, formas de ver y de apreciar, de decir nada o de decir más de lo que se esperaba. Ante todo eso, estamos frente a la descripción escueta del escritor que sólo pretendía escribir lo que pensaba, sentía o intuía en el aire espeso y sofocante de sus circunstancias y momentos.

Carente de técnicas analizadoras, con el único saber que conozco que es el de expresar mis vivencias personales y sociales, pienso que la literatura es la adelantada en las demás artes y en los otros oficios de quehaceres manuales e intelectuales. Representa la supervivencia del testimonio ante el sepulcral olvido y el diagnóstico clarividente de la multitud de los enigmas que nos envuelven y vamos descifrando con una lentitud que a veces nos impacienta.

Dios inventó la literatura o ayudó a inventarla porque después de crear el mundo necesitó que alguien describiera lo hecho. Así es que antes de Eva y Adán el escritor andaba por ahí indagando qué pasaba con los cataclismos y la forma perfecta en que nació una flor tan bella

como la que no se cansaba de ver, salida así no más de una cosa que se parecía a una piedrilla y tenía la fuerza contundente, jamás declarada, de una semilla.

Dios lo llamó, le contó su hazaña y le ordenó relatarla. No muy convencido de los acontecimientos empezó el cuento varias veces, de lo que surgió la interpretación infinita de su no muy científica crónica de los sucesos. Aburrido se fugó a otro espacio, no quiso ser testigo del edén, del árbol cargado de sabiduría, de la falácica serpiente más audaz que cualquier invento, del pecado de la desobediencia con un olor patentado a carne y a sexo que a pesar de tantísimo laboratorio totalmente computarizado no se ha podido reproducir. En conclusión, el verbo fue primero que Dios y el verbo fue el creador de Dios. Espero que eso tan simple sea fácil de comprender.

En el exilio el escritor del Génesis, digno ya de un premio nobel que no le dieron porque nunca se apuntó a la lotería comercial de las editoriales multinacionales, pensó sin cansancio en el ping pong de los contrastes siempre frente al árbitro parcializado de los juegos de futbol. Así surgieron Caín y Abel, el duro y el dulce, el envidioso y el acusetas, el trabajador y el contemplativo, el agricultor y el pastor, el feo y el bello, el raro y el normal, autores de tantas guerras ayer, hoy y mañana.

Después de esas claras evidencias, aparecieron los Edipos y las Electras, los Aquiles y las Elenas, las Clitemnestras y los Agamenones, los Héctores y las Aspacias, los Ulises y las Penélopes, los Demóstenes y las Safos que tanto nos han marcado y nos continúan marcando así

andemos por ahí, en calles y avenidas, en parques y autobuses, en ascensores y consultorios, en teléfonos y en e-mails, con ombligos y marcas confusas de sexo, en nombre nada menos de Padre culpa, que estás en la luna, danos la culpa de cada día. Qué autor más sádico y cóndenable creó todo eso. Es el mismo que usted y yo acunamos y consentimos diariamente.

Las matemáticas como palabra y técnica surgieron con el poeta cuantitativo de Pitágoras y sus primos hermanos Newton y Einstein. Por esas contradicciones que nos envuelven aun seguimos contando con los dedos de las manos.

A ese desfile acompaña otro no menos llamativo. Tenemos los personajes de Shakespeare: Otelo que desconoció la tranquilidad de un matrimonio feliz para morir desestabilizado por los celos. Las brujas malignas del Macbeth enfermo de poder y ambición, los encantos del amor siempre ciego del Sueño de una noche de verano, Romeo y Julieta con su trágico destino de no coincidir puntualmente en las citas acordadas, el Rey Lear con su soledad desencantada de no distinguir el amor filial, Hamlet que se adelantó en materia de dudas a Descartes y con el ser o no ser abrevió todo el agónico existencialismo.

Casi paralelamente surgió don Quijote y su contraste Sancho, para que persiguiéramos eternamente lo que no practicamos con el pretexto de ignorar el camino. El Licenciado Vidriera continúa quebrándose al menor contacto con la realidad. Las Dulcineas siguen en espera de hazañas que en verdad las dignifiquen. En esta figuración de personajes, y como víctima de un Juan de turno que me enamoró y

plantó, recordemos las hazañas del estereotipo ya sea en las palabras profundas de El Burlador de Sevilla de Tirso de Molina, o en las pegajosas de José Zorrilla a ese Juan Tenorio tan conquistador de mujeres y tan bocón en materias íntimas, hasta llegar a sospechar al dócto Gregorio Marañón de su varonilidad.

Un buen día una vecina en Calle Vargas me preguntó que si el dicho de su profesor al llamarla hermana Karamasov era un cumplido o un insulto. Le respondí que no se preocupara pues ella amaba a su padre.

Y como si no bastaran los personajes de carne y hueso, la tradición popular se adueñó del mundo animal para hablar de nuestras virtudes y defectos. La gran escritora costarricense Carmen Lyra llenó de gracia las versiones de Tía Panchita, nuestra tía eterna, sobre las hazañas de la coqueta Cucarachita Mandinga, del torpe ratón Pérez, de los dialécticos habilidosos tío Conejo y tío Coyote.

Para un autor las piedras hablan, la tierra se abre ante mundos maravillosos, los avances científicos se adelantan, los ambientes submarinos sustentan nuevas formas de vida, las galaxias se pueblan de conflictos cotidianos, los ámbitos genéticos escalofrían con sus hondos misterios, los políticos renuncian a los reciclajes históricos y una pletórica anarquía hace posible las utopías que sueñan el amor universal y la solidaridad más plena sin fisura alguna.

A pesar de que el Fausto de Goethe ya no tiene un diablo al que venderle el alma, nos seguimos hipotecando en nombre de nuestros propios inventos: dinero, velocidad, color, fondos, bancos,